UNA CAJA DE LIBROS

Valeria Daveloza

Ilustraciones de **Natalia Aguerre**







UNA CAJA DE LIBROS

Daveloza, Valeria

Una caja de libros / Valeria Daveloza ; Natalia Aguerre.
1a ed . - Córdoba : Superpoder, 2019.

32 P. ; 30 X 21 cm.

ISBN 978-987-47322-0-0

1. Narrativa Argentina. 2. Dictadura Militar. I. Aguerre, Natalia II. Título

CDD A863

Edición: Lisa Daveloza
Diseño editorial: Juan Pablo Bellini

UNA CAJA DE LIBROS
Primera edición: agosto de 2019.

SUPERPODER
Laprida 915, Bº Observatorio,
CP 5000, Córdoba, Argentina.

IMPRESO EN ARGENTINA.

UNA CAJA DE LIBROS

Valeria Daveloza

Ilustraciones de

Natalia Aguerre



Dictadura, para mí, es libros perdidos.

Hubo muchos libros desaparecidos.
Desaparecieron bibliotecas, editoriales,
editores, y también muchos dueños
de libros. Pero en ese entonces yo tenía
5 años y había palabras que estaban
muy lejos de mí.
No había en esa, mi infancia, nada
que contara los tiempos que vivíamos.

u
m d
r h
u d
s m h
e r
n s e
s
v a
b n
j u l v
r
d e h h r
o f z
h g h
d
n u m r
d e
n p s v
u
l v n
u m
h r d
r
z g s
s
h s v a
r a j u l
g
j
d e h h r
f z
g h
m d
u e



Algunas noches cenábamos café con leche y sánguches de queso... ¡una fiesta! Muchos años después supe que las mejores cenas de mi niñez eran inventos de unos papás que no sabían cómo alimentar cuatro hijos.
A pesar de las colchas con las que me abrigaron, algo se filtró. Un ruido, un murmullo, unas voces, una sensación. Pero yo tenía 5 años y la vida era fácil. Y divertida casi siempre.





Para mi cumpleaños de 6, llegó una caja enorme. No la podía agarrar bien y era muy pesada. Me acuerdo del cartón duro y fuerte de sus esquinas.
Cuando la abrí, me deslumbré.
Adentro había seis libros, tapa dura, brillantes, suavecitos al tacto. Los dibujos eran raros y, a lo mejor por eso,
me fascinaron.




A

Disfruté mis libros. Me acompañaban la mayor parte del tiempo. Mis papás me leían y, mientras tanto, yo aprendía a leer. Empecé primer grado y mi libro de lecturas no era como mis libros: me enseñaba las letras y que los papás leen el diario, las mamás cosen y los niños hacen los deberes tirados en la alfombra, frente al fuego. Mi casa no tenía alfombras ni chimenea. Mi mamá trabajaba y también leía el diario.
¿Igual éramos una familia, aunque no hiciéramos lo que decía el libro?



Leía muy bien, copiaba horrible, y una vez gané un premio por mi lectura. Cuando tenía que resolver ejercicios de matemáticas decía que me dolía la cabeza. Así era yo cuando era chica.
En la escuela izábamos la bandera, formábamos fila tomando distancia con los brazos tiesos; y los días de acto, los militares servían leche con facturas. Los uniformes me daban miedo (y todavía lo hacen) aunque tuvieran una chocolatada en la mano.





Todavía tenía 6 años cuando perdí el primer libro. Lo tuve que regalar para un cumpleaños. No había plata y mis papás me pidieron que eligiera uno. Se fue mi amigo.





No me acuerdo cómo se llama la nena
que se quedó con el que tiene animales
en la tapa. Tampoco me acuerdo del nene
que se quedó con el del diablo. No me
acuerdo de ninguno de ellos. Me acuerdo
de mis libros.

Por suerte, o porque sí, un sábado desayuné jugo de naranja viendo la tele. Me quedaba un libro. Uno solo. No había tele los sábados a la mañana, pero ese día sí que hubo. Y además hubo una fiesta: papelitos de muchos colores, y un señor de bigotes que iba en auto mientras banderas argentinas revoloteaban por todos lados. La gente estaba contenta y al señor de bigotes le gritaban, le cantaban.
No entendía nada, hacía calor y había jugo exprimido. Era el 10 de diciembre de 1983. Mis papás lloraban y a mí me quedaba solo un libro.





Pasaron muchos años. Crecí, dejé de decir que me dolía la cabeza. Todavía matemáticas sigue sin gustarme. Empecé a entender lo que nos había pasado cuando yo era chica. Muchas veces hablamos de esos libros, de la colección. Mis papás con culpa, yo con un recuerdo gastado.
El único libro que me quedó, se ajó, se arrugó, perdió su lomo y se quedó quieto en un estante. Pero estaba ahí. Su presencia me recordaba a los otros, los que perdí.
Ahora que soy grande sé quiénes son los autores y quién ilustró cada libro, y por qué me parecían raros y fascinantes los dibujos.



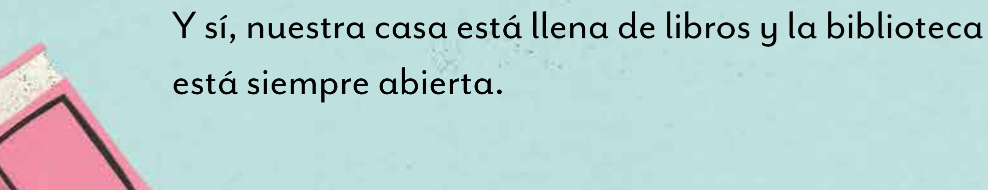
Es tarde en la noche, busco el nombre
de la colección: hay dos libros en venta.
Cliqueo, pago, espero.
Voy al correo como quien va a buscar
un encargo, un compromiso de trabajo.
Son libros viejos, pueden ser importantes.
El paquete está cerrado, pero no
lo puedo abrir.



Llego a casa, rompo la envoltura.
Tapas duras, brillantes, suaves al tacto.
Veo las ilustraciones.
Todo, todo vuelve.
El abrazo, por fin, llega.



Soy Vale Daveloza y nací en Córdoba en el verano de 1977. Desde que soy chica hay libros conmigo. Leo, escribo y me gusta hacer leer a otros.
Por eso estudié Letras. Por eso soy profe. Y creo que encontrarse con otros y abrazarse a través de las historias es de lo más lindo que nos puede pasar.
Sigo viviendo en Córdoba, con mi compañero, nuestros hijos, perro, gato y tortuga. Todos ellos muy lectores y pacientes.
Y sí, nuestra casa está llena de libros y la biblioteca está siempre abierta.



Mi nombre es Natalia Aguerre soy diseñadora gráfica e ilustradora. Trabajo mayormente como diseñadora pero considero a la ilustración como mi principal canal de comunicación.
He dado talleres de fanzine y workshop de ilustración en escuelas secundarias, en FADU y en algunos espacios culturales.
Creo que la autoedición y la producción independiente es la mejor alternativa para difundir mi trabajo como ilustradora.



Esta edición de 500 ejemplares se terminó
de imprimir en el mes de agosto de 2019
en los talleres de Gráfica del Sur,
Córdoba, Argentina.







Por los abrazos que nos faltan.